

Esta cinta en la que Bardem continua su línea ascendente, para dotar a la cinematografía española de una línea con estilo y estética inconfundibles, merece los elogios más sinceros, por sus miras decididas de alegato a la abulia, a la vida cansada e inoperante de unos canallas, y de un intelectual acomodaticio, enfrentados a una solterona, objeto de una incalificable burla, y a un intelectual puro cuyos sanos principios chocan con los de aquellos provincianos. Provincianos, cuya sequedad de sentimientos no conoce fronteras cuando se trata de perjudicar al prójimo, para escapar del espantoso tedio de esta ciudad de provincias.

Los personajes y su símbolo

— En primer lugar, Isabel, desde siempre buscando un marido. Ha llegado a los treinta y cinco y a los gamberros se les ocurre «embromarla». Sus prejuicios le cierran el anchuroso camino que todos tenemos de andadura en la vida; sus ilusiones que no han conocido un fracaso definitivo le ayudan a mantener la esperanza. Juan, el canalla, que ha de finjir la comedia. El autor material de la ruina moral de la solterona; un ser abúlico, cobarde hasta el pasmo, producto de la vida maquina de una ciudad de provincias de espaldas al tiempo. Tonia, enamorada de Juan, pero convencida que ya no puede salir del cieno que pisara un día, buena, pero con el estigma de la culpa, acepta su destino. Federico, el intelectual nato y equilibrado que aconseja a Juan ponga fin a su canallada, y tiene al fin que descubrir el engaño a Isabel en los salones del Circulo, en una escena impresionante, ya que aquél huye con su cobardía, incapaz de descubrir la verdad. Por último, también personaje sobresaliente del film, el intelectual de la ciudad, un hombre ya maduro, buen escritor, pero ya hecho a la vida acomodaticia, al que Federico pide colaboración para un semanario que di-

rige, negándose aquél, pues el «ya ha publicado sus obras completas», son sus palabras, huelga comentario.

Escenas del film.— Los primeros planos de la cinta, un «bromazo» al intelectual de la ciudad, le llevan a la puerta de su casa un ataúd y dos candelabros. Este sale al balcón hecha a la calle los objetos fúnebres gritando: «¡Estoy vivo!» «¡Estoy vivo!» Cuando Federico requiere la verdad a Juan y a sus compinches, escena tensa y tempestuosa. La escena entre Federico e Isabel, en el Circulo, de la que ya he hablado. Todo el final de la cinta, desde la escena de la estación, donde Isabel parece quiere irse con Federico que le ofrece su amistad, para huir del cuchicheo de la ciudad, pero que al fin decide quedarse aceptando su destino. Los últimos planos, tres justamente, son de una grandeza difícil de superar. Isabel bajo la lluvia, en plena calle, marcha hacia su casa, huye de los soportales donde la gente pasea. Un plano de su habitación, con el maniquí en primer término, donde cuelga el vestido que debía lucir en el baile del Circulo, mientras su cabeza reposa en los cristales de la ventana. Y la rúbrica, el plano de Isabel tras los cristales. las gotas que se deslizan por los mismos y no nos dejan ver sus lágrimas, borrando casi su figura.

Intérpretes.— Betsy Blair, insuperable, con una sensibilidad casi enfermiza. José Suárez, sobrio, en su difícil papel. Dora Doll, acertada en sus intervenciones, salvando el escollo de la difícil interpretación de Tonia. Ives Massard, después de Betsy Blair, la mejor interpretación, y en cierta manera casi el protagonista del film, un canto al universitario sano y de horizontes concretos.

En fin, J. A. Bardem alcanza en este film un éxito, y crea una expectación hacia el futuro cine español, que hacia tiempo anhelábamos.— L. B.

«*Dos horas desde que salimos de Barcelona. Estamos en San Feliu de Guixols. Al principio caminamos a lo largo de la costa en dirección noroeste. Pero antes de llegar a Lloret de Mar, la carretera se endereza al norte franco, en línea recta a Gerona, capital de la provincia. En el cruce de Caldas de Malavella doblamos en ángulo de noventa grados hacia el Este. Vamos, por Llagostera, a San Feliu. Hay que remontar la cadena montañosa en la que se recuesta la Costa Brava, para descender a la línea del mar. Allí está San Feliu de Guixols, donde ahora residen mis primos españoles, aunque vieron la luz primera en Tossa de Mar.*

«*También mi padre y mi abuelo materno nacieron en Tossa. De allí salieron ambos, generación por medio, para Barcelona. De Barcelona a Puerto Rico. Jamás volvieron a su tierra. Puerto Rico se quedó con ellos.*»

«*Me hospedo, estoy, en el Hotel Murlá, pequeño, limpio y cómodo, al fondo de la Rambla. Puedo ver desde mi ventana como la Rambla hace una Te con el paseo que bordea la playa. Y puedo ver el puerto y el mar.*»

«*Por ese mar salió mi padre para América. Ya no regresó. Sus huesos se enterraron en mi amada tierra de Puerto Rico, dándome doble título de portorriqueño.*

«*Años, largos años han pasado. Al cabo me es dado visitar España, y he recalado unos pocos días en este rincón de la Costa Brava catalana.*

«*Los catalanes hablan castellano con bastante soltura, pero es claro que para ellos el castellano es lengua adquirida; no la oyeron en la cuna. No es la lengua del hogar; no es la propia; no es la del sentimiento. Es el idioma catalán el que les viene a flor de labios espontáneamente. Cuando se cruzan en la calle: «Bon dia» o «Bona nit», según el caso. Alrededor de las mesas, en las aceras que bordean la Rambla, se oyen las espesas eles catalanas.*»

«*San Feliu se ha convertido en centro turístico europeo. Pero los guixolenses siguen sus viejas costumbres sin inmutarse ante los extraños ni los usos de los extraños. Resuelven sus negocios metódica e imperturbablemente. Fabrican toda clase de artículos de corcho, ahora en fábricas modernizadas.*»

«*Desde luego, elaboran tapones de todas clases y tamaños. He visto también un ejemplar del Quijote, impreso a dos colores sobre láminas delgadísimas de corcho, que es una maravilla.*»

«*Beben vino de la tierra, alzando sus cantimploras y dejando caer en la boca el tieso chorrillo del que no se pierde una gota. Beben con la moderación que tienen para todo. (No he visto un borracho.)*»

«*Los catalanes de la Costa Brava hablan del mar como si fuera tierra también. Es la impresión que recibí. Son grandes nadadores y pescadores. El mar no los detiene. Se van sobre él, en sus barquillas, como nosotros en nuestros automóviles por nuestras carreteras. La playa es lugar de estacionamiento de barcas como la plaza de un pueblo de Puerto Rico es lugar de estacionamiento de «carros», según decimos nosotros con poco gusto, y que ellos llaman coches con mayor propiedad.*»

«*Por la noche, y en la esquina de la Rambla, por una buena orquesta, oigo tocar la sardana. La tenora, que es un instrumento indispensable para la sardana, agrega una nota nueva para mis oídos. Es como el bombardino para la danza de Puerto Rico. Se dan la mano chicos y chicas; forman la rueda, marcan los pasos. Se ensancha el círculo de participantes. Ya la rueda ocupa la calle en toda su anchura. Bailan, bailan su baile.*

«*¡Cosas misteriosas de la sangre! La música de la sardana me punza el corazón y como que me lo desgarrara un poco. No la había oído antes. Pero me conmueve tanto como si fuera una canción de cuna.*»

(De ALMA LATINA, Puerto Rico, números correspondientes a los días 8 y 15 de diciembre de 1.956. Por el Dr. A Fernós Isern).